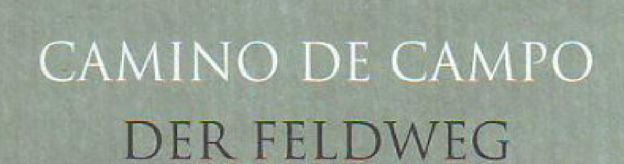
MARTIN
HEIDEGGER



CAMINO DE CAMPO
DER FELDWEG

En la juventud de Martin Heidegger el camino de campo nacía inmediatamente detrás del portón del jardín del castillo y, atravesando prados y campos sobre suaves ondulaciones que se amoldaban al terreno, se dirigía hacia el Ehnried. Hoy día la ciudad de Messkirch se ha extendido hacia el sur; el camino de campo es un camino vecinal con aceras, que está asfaltando y urbanizando y que termina en dos escuelas nuevas, entre ellas el Instituto Martin Heidegger. Sólo entonces el camino de campo pasa, ahora también asfaltado, al lado del crucifijo dirigiéndose hacia el banco bajo el viejo roble en la linde del bosque.

Las fotografías de aficionado de esta edición muestran el camino de campo original y se las debemos casi exclusivamente a la señora Elsbeth Büchin de Messkirch; pretenden servir como una mínima ayuda para que el lector se haga una idea de cómo era en otros tiempos el camino de campo.



Martin Heidegger

Camino de campo

Der Feldweg

ePub r1.0

Titivillus 08.09.15

Título original: *Der Feldweg*
Martin Heidegger, 1989
Traducción: Carlota Rubies
Fotografías: Elsbeth Büchin
Acerca de la edición: Hermann Heidegger

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Acerca de esta edición

En la juventud de Martin Heidegger el camino de campo nacía inmediatamente detrás del portón del jardín del castillo y, atravesando prados y campos sobre suaves ondulaciones que se amoldaban al terreno, se dirigía hacia el Ehnried. Hoy día la ciudad de Messkirch se ha extendido hacia el sur; el camino de campo es un camino vecinal con aceras, que está asfaltado y urbanizado y que termina en dos escuelas nuevas, entre ellas el Instituto Martin Heidegger. Sólo entonces el camino de campo pasa, ahora también asfaltado, al lado del crucifijo dirigiéndose hacia el banco bajo el viejo roble en la linde del bosque.

Las fotografías de aficionado de esta edición muestra el camino de campo original y se las debemos casi exclusivamente a la señora Elsbeth Büchin de Messkirch; pretenden servir como una mínima ayuda para que el lector se haga una idea de cómo era en otros tiempos el camino de campo.

Hermann Heidegger



Del portón del jardín sale hacia el Ehnried. Los viejos tilos del jardín del castillo por encima del muro le miran alejarse, así en Pascua cuando reluce entre los sembrados que brotan y los prados que despiertan, como en Navidad cuando bajo la nevisca desaparece detrás de la colina más cercana.



A la altura del crucifijo tuerce hacia el bosque.



Al paso por su linde, saluda a un viejo roble bajo el que hay un banco de madera de tosca entalladura.
Encima de él de vez en cuando se encontraba algún que otro escrito de los grandes pensadores que una joven torpeza intentaba descifrar. Para cuando los enigmas se agolpaban y no se vislumbraba salida, ahí estaba siempre el camino de campo.



Silencioso guía el paso por la senda ondulante a través del vasto y árido campo.
Una y otra vez el pensamiento recorre, ora sumido en aquellos escritos ora en tentativas propias, la senda que el camino traza a través de los campos. Éste permanece tan próximo al paso del pensador como al paso del campesino que, al amanecer, marcha a segar.
A menudo y con los años, el roble del camino desvía los recuerdos hacia los juegos de la infancia y las primeras decisiones. Cuando a veces un roble, en medio del bosque, caía bajo el golpe del hacha, el padre, presuroso, rastreaba el bosque y los claros soleados en busca del estéreo que se le había asignado para su taller. Allí trabajaba pausadamente durante los descansos de su servicio en el reloj del campanario y en las campanas, que sostenían ambos su propia relación con el tiempo y la temporalidad.



Con la corteza del roble los muchachos construían sus barcos que, equipados con banco de remero y timón, flotaban en el arroyo o en la fuente de la escuela. Los viajes por el mundo de los juegos aún alcanzaban fácilmente su destino y conseguían regresar siempre a la orilla. Lo ensoñador de estos viajes permanecía oculto en un otrora apenas visible resplandor que cubría todas las cosas. Ojo y mano de la madre delimitaban su reino. Como si su preocupación no dicha velase por todas las criaturas. Aquellos viajes del juego aún desconocían los paseos en los que toda orilla queda atrás. Entretanto la dureza y el olor de la madera de roble empezaron a

hablar más perceptiblemente de la lentitud y constancia con las que crece el árbol. El roble mismo decía que sólo en un crecimiento tal reside lo que perdura y da frutos; que crecer es abrirse a la amplitud del cielo y al mismo tiempo arraigarse en la oscuridad de la tierra; que todo lo que es genuino prospera sólo si el hombre es a la vez ambas cosas, dispuesto a las exigencias del cielo supremo y amparado en el seno de la tierra sustentadora.



Todavía el roble sigue diciéndoselo al camino de campo que, seguro de su senda, pasa a su lado. El camino congrega todo lo que existe a su alrededor y a todo el que por él transita le aporta lo suyo. Los mismos campos y prados acompañan al camino en cada estación con una proximidad siempre diferente. Sea que los Alpes, por encima del bosque, se hundan en el atardecer, sea que la alondra levante el vuelo al amanecer estival allí donde el camino de campo salva la falda de una colina, sea que el viento del este llegue rugiendo desde las tierras en las que se encuentra el pueblo natal de la madre, sea que un leñador, al caer la noche, arrastre su haz de leña al hogar, sea que la segadora, contoneándose, regrese a casa por los surcos del camino de campo, sea que los niños junten las primeras flores de primavera en los márgenes del prado, sea que la niebla vaya avanzando durante días por los campos cubriéndolos con sus sombras y lobreguez, siempre y por doquier envuelve al camino de campo el aliento de lo mismo:

Lo sencillo encierra el enigma de lo que permanece y es grande. Entra de improviso en el hombre y requiere una larga maduración. En lo imperceptible de lo que es siempre lo mismo oculta su bendición. La vastedad de todo lo que ha crecido y habita los alrededores del camino, dispensa mundo. Sólo en lo no dicho de su lenguaje Dios es Dios, según dice Meister Eckhart, el viejo maestro de lecturas y de la vida.





Pero el aliento del camino de campo sólo habla mientras existan

hombres que, nacidos en su aire, puedan oírle. Están sujetos a su origen pero no son siervos de manejos. El hombre, cuando no está en la estela del aliento del camino de campo, en vano planifica e intenta imponer un orden a la tierra. Amenaza el peligro de que los hombres de hoy permanezcan sordos a su lenguaje. A sus oídos sólo llega el ruido de los aparatos que, casi, tienen por la voz de Dios. Así el hombre se dispersa y pierde su camino. A los dispersos lo sencillo se les antoja uniforme. Lo uniforme hastía. Los desencantados sólo encuentran lo indistinto. Lo sencillo se ha evadido. Su callada fuerza se ha agotado.

Disminuye rápidamente, por cierto, el número de los que todavía reconocen lo sencillo como su bien adquirido. Pero en todas partes los pocos serán los que permanecerán. Un día, gracias al tranquilo poder del camino de campo, perdurarán más allá de las fuerzas titánicas de la energía atómica, que fue apañada por el cálculo humano y convertida en yugo de su propio obrar.



El aliento del camino de campo despierta un sentido que ama lo libre y que, en el lugar propicio, todavía consigue salvar la aflicción hacia una última serenidad. Se rebela contra la necedad del mero trabajar que, ejercido por sí solo, fomenta únicamente lo fútil.

En el aire del camino de campo, que cambia según las estaciones, madura la sabia serenidad con un mohín que, a menudo, parece melancólico. Este saber sereno es lo «Kuinzige» (véase Acerca de lo

«Kuinzige»). Quien no lo tiene no lo obtiene. Quienes lo tienen, lo obtuvieron del camino de campo. En su senda se encuentran la tormenta de invierno y el día de la siega, coinciden lo vivaz y excitante de la primavera con lo quedo y feneciente del otoño, están frente a frente el juego de la juventud y la sabiduría de la vejez. Pero todo rebosa serenidad al unísono, cuyo eco el camino de campo lleva calladamente de aquí para allá.

La sabia serenidad es una apertura a lo eterno. Su puerta se abre sobre los goznes antaño forjados con los enigmas de la vida por un herrero experto.



Desde el Ehnried el camino regresa al portón del jardín del castillo. Por encima de la última colina su angosta cinta conduce a través de una quebrada a la muralla de la ciudad. A la luz de las estrellas su brillo es tenue. Detrás del castillo se eleva el campanario de la iglesia de San Martín. Lentamente y como si vacilasen, se pierden en la noche las once campanadas. La vieja campana, en las cuerdas de la cual más de un muchacho se desolló las manos, vibra bajo los golpes del martillo de las horas cuyo aspecto sombrío y gracioso

nadie olvida.
Con el último toque, el silencio se hace más silencio. Llega hasta aquéllos que antes de tiempo fueron sacrificados por dos guerras mundiales. Lo sencillo es ahora más sencillo. Lo que es siempre lo mismo extraña y libera. Ahora el aliento del camino de campo es muy nítido. ¿Es el alma que habla? ¿Es el mundo que habla? ¿Es Dios que habla?
Todo habla de la renuncia en lo mismo. La renuncia no quita. La renuncia da. Da la fuerza inagotable de lo sencillo. El aliento hace morar en un largo origen.



ACERCA DE LO «KUINZIGE»

Friburgo de B., 15 de abril 1954

Estimado Doctor:

La etimología de la palabra «kuinzig» no está clara. El uso de la palabra se limita al ámbito de la Alta Suabia que se encuentra entre el lago de Constanza y el Alto Danubio.

Su significado es próximo a la *ironía* de Sócrates, que tampoco se ciñe a concepto alguno. La palabra se refiere a la preponderancia serena y melancólica respecto a todo lo acostumbrado y habitual, que siempre se da demasiada importancia; no obstante, esta preponderancia carece de altanería y tampoco es un tipo de burla maliciosa.

Lo «kuinzige» expresa una inclinación hacia las personas y cosas del lugar y una auténtica preocupación por éstas; se afana en permanecer en lo impenetrable, sin ser consciente de ello, lo que puede ser fácilmente malentendido como segunda intención.

Lo que significa la palabra se baraja en diferentes ámbitos, incluso en las esferas más altas del pensamiento, donde se refiere a la agudeza por lo que es esencial y que se muestra en lo inaparente anulando toda contradicción hacia una unidad superior, al tiempo que permanece en constante movimiento; y todo ello a la manera de ser de la Alta Suabia.

Como complemento al «Camino de campo» le remito a un breve escrito, «De la experiencia del pensar», recientemente publicado por la editorial Günther Neske de Pfullingen.

Un saludo cordial,

Martin Heidegger

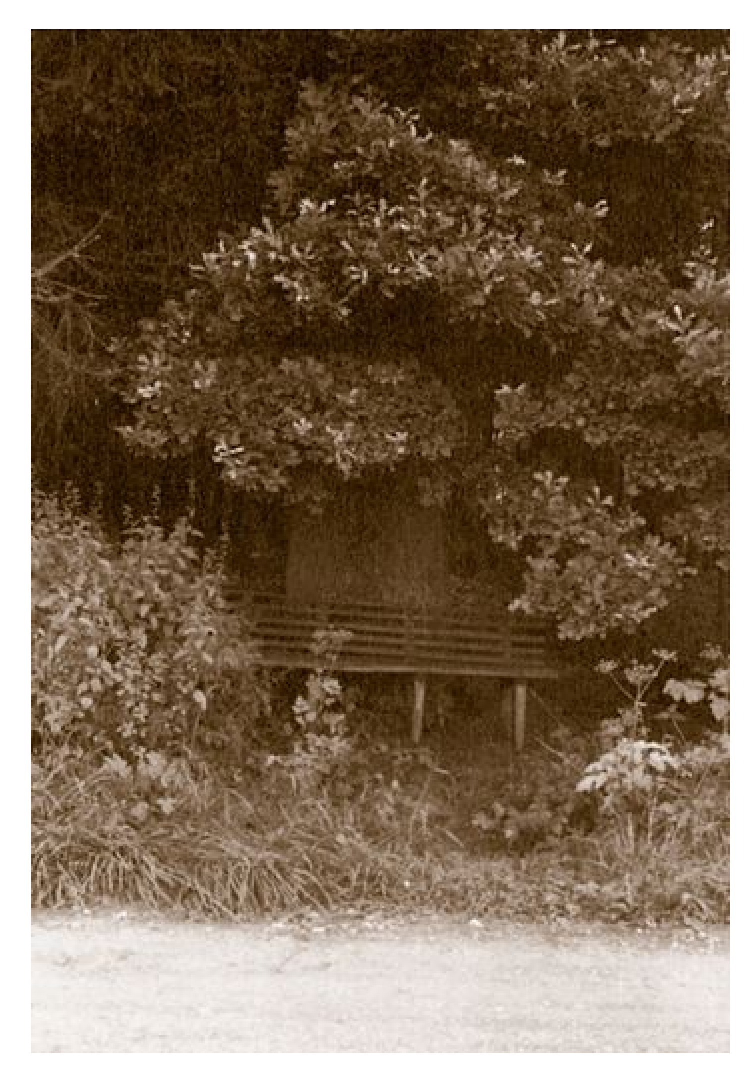
En: *Reden und andere Zeugnisse eines Lebenswegs,* Fráncfort del Meno, Vittorio Klostermann 2000.



Er läuft aus dem Hofgartentor zum Ehnried. Die alten Linden des Schloßgartens schauen ihm über die Mauer nach, mag er um die Osterzeit hell zwischen den aufgehenden Saaten und erwachenden Wiesen leuchten oder um Weihnachten unter Schneewehen hinter dem nächsten Hügel verschwinden.



Vom Feldkreuz her biegt er auf den Wald zu.



An dessen Saum vorbei grüßt er eine hohe Eiche, unter der eine roh gezimmerte Bank steht.
Darauf lag bisweilen die eine oder die andere Schrift der großen Denker, die eine junge Unbeholfenheit zu entziffern versuchte. Wenn die Rätsel einander drängten und kein Ausweg sich bot, half der Feldweg.



Denn er geleitet den Fuß auf wendigem Pfad still durch die Weite des kargen Landes.
Immer wieder geht zuweilen das Denken in den gleichen Schriften oder bei eigenen Versuchen auf dem Pfad, den der Feldweg durch die Flur zieht. Dieser bleibt dem Schritt des Denkenden so nahe wie dem Schritt des Landmannes, der in der Morgenfrühe zum Mähen geht.
Öfter mit den Jahren entführt die Eiche am Weg zum Andenken an frühes Spiel und erstes Wählen. Wenn zu Zeiten mitten im Wald eine Eiche unter dem Schlag der Holzaxt fiel, suchte der Vater alsbald quer durchs Gehölz und über sonnige Waldblößen den ihm zugewiesenen Ster für seine Werkstatt. Hier hantierte er bedächtig in den Pausen seines Dienstes bei der Turmuhr und den Glocken, die beide ihre eigene Beziehung zu Zeit und Zeitlichkeit unterhalten.



Aus der Eichenrinde aber schnitten die Buben ihre Schiffe, die mit Ruderbank und Steuer ausgerüstet im Mettenbach oder im Schulbrunnen schwammen. Die Weltfahrten der Spiele kamen noch leicht an ihr Ziel und fanden wieder an die Ufer zurück. Das Träumerische solcher Fahrten blieb in einem ehemals noch kaum sichtbaren Glanz geborgen, der auf allen Dingen lag. Ihr Reich umgrenzten Auge und Hand der Mutter. Es war, als hütete ihre ungesprochene Sorge alles Wesen. Jene Fahrten des Spieles wußten noch nichts von Wanderungen, auf denen alle Ufer zurückbleiben. Indessen begannen Härte und Geruch des Eichenholzes

vernehmlicher von der Langsamkeit und Stete zu sprechen, mit denen der Baum wächst. Die Eiche selber sprach, daß in solchem Wachstum allein gegründet wird, was dauert und fruchtet: daß Wachsen heißt: der Weite des Himmels sich öffnen und zugleich in das Dunkel der Erde wurzeln; daß alles Gediegene nur gedeiht, wenn der Mensch gleich recht beides ist: bereit dem Anspruch des höchsten Himmels und aufgehoben im Schutz der tragenden Erde.



Immer noch sagt es die Eiche dem Feldweg, der seines Pfades sicher bei ihr vorbeikommt. Was um den Weg sein Wesen hat, sammelt er ein und trägt jedem, der auf ihm geht, das Seine zu. Dieselben Äcker und Wiesenhänge begleiten den Feldweg zu jeder Jahreszeit mit einer stets anderen Nähe. Ob das Alpengebirge über den Wäldern in die Abenddämmerung wegsinkt, ob dort, wo der Feldweg sich über eine Hügelwelle schwingt, die Lerche in den Sommermorgen steigt, ob aus der Gegend, wo das Heimatdorf der Mutter liegt, der Ostluft herüberstürmt, ob ein Holzhauer beim Zunachten sein Reisigbündel zum Herd schleppt, ob ein Erntewagen in den Fuhren des Feldweges heimwärtsschwankt, ob Kinder die ersten Schlüsselblumen am Wiesenrain pflücken, ob der Nebel tagelang seine Düsternis und Last über die Fluren schiebt, immer und von überall her steht um den Feldweg der Zuspruch des Selben: Das Einfache verwahrt das Rätsel des Bleibenden und des Großen. Unvermittelt kehrt es bei den Menschen ein und braucht doch ein

langes Gedeihen. Im Unscheinbaren des immer Selben verbirgt es seinen Segen. Die Weite aller gewachsenen Dinge, die um den Feldweg verweilen, spendet Welt. Im Ungesprochenen ihrer Sprache ist, wie der alte Lese- und Lebemeister Eckehardt sagt, Gott erst Gott.





Aber der Zuspruch des Feldweges spricht nur so lange, als Menschen sind, die, in seiner Luft geboren, ihn hören können. Sie sind Hörige ihrer Herkunft, aber nicht Knechte von

Machenschaften. Der Mensch versucht vergeblich, durch sein Planen den Erdball in eine Ordnung zu bringen, wenn er nicht dem Zuspruch des Feldweges eingeordnet ist. Die Gefahr droht, daß die Heutigen schwerhörig für seine Sprache bleiben. Ihnen fällt nur noch der Lärm der Apparate, die sie fast für die Stimme Gottes halten, ins Ohr. So wird der Mensch zerstreut und weglos. Den Zerstreuten erscheint das Einfache einförmig. Das Einförmige macht überdrüssig.
Die Verdrießlichen finden nur noch das Einerlei. Das Einfache ist entflohen. Seine stille Kraft ist versiegt.
Wohl verringert sich rasch die Zahl derer, die noch das Einfache als ihr erworbenes Eigentum kennen. Aber die Wenigen werden überall die Bleibenden sein. Sie vermögen einst aus der sanften Gewalt des Feldweges die Riesenkräfte der Atomenergie zu überdauern, die sich das menschliche Rechnen erkünstelt und zur Fessel des eigenen Tuns gemacht hat.



Der Zuspruch des Feldweges erweckt einen Sinn, der das Freie liebt und auch die Trübsal noch an der günstigen Stelle überspringt in eine letzte Heiterkeit. Sie wehrt dem Unfug des nur Arbeitens, der, für sich betrieben, allein das Nichtige fördert.
In der jahreszeitlich wechselnden Luft des Feldweges gedeiht die wissende Heiterkeit, deren Miene oft schwermütig scheint. Dieses heitere Wissen ist das «Kuinzige» (Siehe zur Erläuterung «Das

Kuinzige»). Niemand gewinnt es, der es nicht hat. Die es haben, haben es vom Feldweg. Auf seinem Pfad begegnen sich der Wintersturm und der Erntetag, treffen sich das regsam Erregende des Frühjahrs und das gelassene Sterben des Herbstes, erblicken einander das Spiel der Jugend und die Weisheit des Alters. Doch in einen einzigen Einklang, dessen Echo der Feldweg schweigsam mit sich hin und her trägt, ist alles verheitert.

Die wissende Heiterkeit ist ein Tor zum Ewigen. Seine Tür dreht sich in den Angeln, die aus den Rätseln des Daseins bei einem kundigen Schmied einst geschmiedet worden.



Vom Ehnried her kehrt der Weg zurück zum Hofgartentor. Über den letzten Hügel hinweg führt sein schmales Band durch eine flache Senke hin bis an die Stadtmauer. Matt leuchtet es im Sternenschein. Hinter dem Schloß ragt der Turm der St. Martinskirche. Langsam, fast zögernd verhallen elf Stundenschläge in der Nacht. Die alte Glocke, an deren Seilen oft Bubenhände sich heißgerieben, zittert unter den Schlägen des Stundenhammers, dessen finster-drolliges Gesicht keiner vergißt.

Die Stille wird mit seinem letzten Schlag noch stiller. Sie reicht bis zu jenen, die durch zwei Welt-Kriege vor der Zeit geopfert sind. Das Einfache ist noch einfacher geworden. Das immer Selbe befremdet und löst. Der Zuspruch des Feldweges ist jetzt ganz deutlich. Spricht die Seele? Spricht die Welt? Spricht Gott?
Alles spricht den Verzicht in das Selbe. Der Verzicht nimmt nicht. Der Verzicht gibt. Er gibt die unerschöpfliche Kraft des Einfachen. Der Zuspruch macht heimisch in einer langen Herkunft.



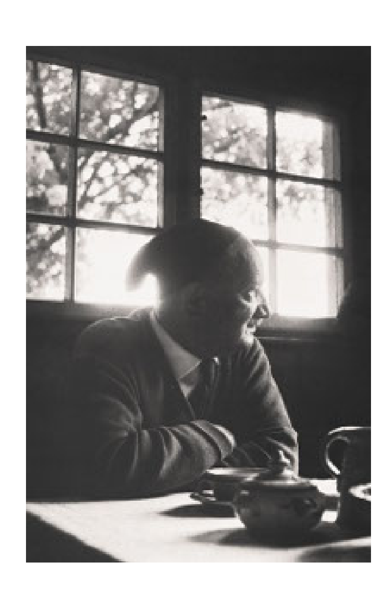
DAS «KUINZIGE»

Freiburg i. B., 15. Abril 54

Sehr geehrter Herr Doktor!
Die Etymologie des Wortes «kuinzig» ist nicht geklärt. Der Gebrauch des Wortes beschränkt sich auf den oberschwäbischen Bereich zwischen Bodensee und oberer Donau.
Im ungefähren weist seine Bedeutung in die Richtung der *Ironie* des Sokrates, die sich auch nicht auf einen Begriff bringen läßt. Die heiter-schwermütige Überlegenheit gegenüber allem Gewöhnlichen und Üblichen, das sich stets zu wichtig nimmt, ist im Wort gemeint – aber diese Überlegenheit hat nichts Hochfahrendes, auch nicht die Art des bösartigen Spottes.
Das «Kuinzige» schließt eine heimatliche Zuneigung zu Men-schen und Dingen und eine echte Besorgnis um sie ein; legt es aber darauf an, nicht bewußt, im Undurchschaubaren zu bleiben, was leicht als Hinterhältigkeit mißdeutet werden kann.
Was das Wort meint, spielt in verschiedenen Bezirken bis in den des höchsten Denkens und kennzeichnet dort den Tiefsinn für das Wesenhafte, der im Unscheinbaren erscheint und die Gegensätzlichkeit in allem zur höheren Einheit aufhebt, dabei aber stets in Bewegung bleibt; all dies in der oberschwäbischen Daseinsart, die einer hat oder nicht hat.
Zur Ergänzung des «Feldwegs» darf ich Sie auf ein kleines Bändchen verweisen «Aus der Erfahrung des Denkens», das im Verlag Günther Neske, Pfullingen, soeben erschienen ist.
Mit bestem Gruß!

Martin Heidegger

In: *Reden und andere Zeugnisse eines Lebenswegs,*
Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann 2000.



MARTIN HEIDEGGER, (Messkirch, 1889 - Friburgo de Brisgovia, 1976) es una de las figuras clave de la filosofía contemporánea. Estudió con Husserl y fue profesor de filosofía en las universidades de Marburgo y Friburgo. En esta última ejerció como rector entre 1933 y 1934. Su obra filosófica gira en torno al concepto del Ser, empezando por una hermenéutica de la existencia y pasando por la dilucidación de la noción griega de la verdad.